

5.12

Crónica de la insurrección

SUS ORÍGENES, SUS COMIENZOS, SU MARCHA, SU DERROTA

INFORMACIÓN COMPLETA

Intimidades del caudillo revolucionario



52.533

MONTEVIDEO

IMPRESA Y LITOGRAFÍA «LA RAZÓN»

57—CALLE CERRO—57

1896

81.443

CRÓNICA DE LA INSURRECCION

Advertencia preliminar

Sean cuales sean los motivos que haya para dejar subsistente el decreto suspensivo de la libertad de la prensa, es evidente que no puede caer bajo las rigurosas disposiciones de tal decreto un simple relato de lo que ha ocurrido en el movimiento revolucionario encabezado por Aparicio Saravia, desde su origen hasta su terminacion.

Por el solo hecho de haber terminado, ese movimiento es ya un suceso histórico, cuyos incidentes solo tienen un interés retrospectivo y anedótico, perfectamente inofensivo. — Además, habiendo sido el desenlace de la lucha enteramente favorable á las armas del Gobierno, es imposible concebir bajo qué punto de vista seria perjudicial para el régimen imperante la simple divulgacion de los detalles de hechos consumados y bien conocidos en sus principales lineamientos, en virtud de las publicaciones oficiales.

Lo único que por el momento está prohibido, con arreglo al decreto de 1.º de Diciembre, es el comentario crítico de la conducta del Gobierno ó de sus jefes en la rápida campaña realizada contra las fuerzas insurrectas, si á ello hubiese lugar; pero tenemos el agrado de advertir á nuestros lectores que, aún despojada de toda apre-

ciacion política ó militar sobre hombres y sucesos, la crónica detallada que vamos á poner ante sus ojos ofrece un interés palpitante y servirá para fijar la verdad histórica sobre el raro episodio revolucionario que se ha desenvuelto en estos dias, antes de que la desfigure el interés de partido ó la leyenda popular.

Nuestra narracion tiene por base informaciones precisas de uno de los mismos revolucionarios, que desde el 20 de Noviembre hasta el 3 de Diciembre, estuvo siempre al lado de Aparicio Saravia —Nuestro informante es un hombre sério, discreto, educado, que da cuenta de todos los hechos con minuciosa exactitud, sin aspirar al efecto, sin deprimir artificiosamente á sus adversarios, ni magnificar el comportamiento de sus amigos. — Hemos confrontado su relato con todas las publicaciones oficiales y con numerosas informaciones de otro origen, consistentes en telegramas, cartas y referencias verbales, que no pudimos utilizar mientras proseguia la contienda.—Por este medio, fácil nos ha sido comprobar la veracidad de nuestro informante, completando su irrecusable testimonio con otros no menos competentes, en todo aquello que no podía estar al alcance del compañero de Aparicio Saravia. — Asi, la narracion resultará completa, y para que nuestros lectores puedan apreciar mejor el conjunto y el detalle de las operaciones, vá anexa á esta edicion, con todas las indicaciones necesarias, un pequeño mapa de la zona en que aquellas se verificaron, complementado con los retratos de los principales actores.

Aparicio Saravia — Su intervención en la guerra de Río Grande — Su regreso al país.

Aparicio Saravia es hijo del departamento de Cerro Largo, como lo era su hermano Gumersindo y lo es su hermano Antonio, á quien llaman Chiquito, sin serlo de estatura ni bajo ningún otro concepto.

Gumersindo Saravia había sido oficial de don Angel Muniz en las revoluciones de 1870 y 1875; pero Aparicio, mucho más joven (tiene hoy 42 ó 43 años), nunca había servido en su país.—Tampoco se había mezclado en las cuestiones de la política riograndense, que atrajo á su hermano mayor desde 1880 —En todo pensaba menos en ser soldado de una revolución brasilera cuando Gumersindo entró á formar parte de la que en 1891 encabezó el general Tavares; pero un raro incidente lo hizo cambiar de resolución y trastornó por completo el curso de su vida.

Sucedió lo siguiente.—Hay un Saravia, Basiliso, que es colorado y nacido en Río Grande.—Gumersindo le escribió diciéndole: «Venga á mi lado para ayudarme á libertar su tierra».—Supo esto Aparicio y se empeñó con Basiliso para que no acudiese al llamado, ofreciéndose él para ir en compañía de Gumersindo, y así quedó arreglado.—Después, en la intimidad de las confidencias políticas, dijo á algunos de sus amigos: «en la guerra de Río Grande se formarán hombres de valer;—no quiero que Basiliso vuelva de allá para ser útil al partido colorado».—Así pues, si se entrometió en la guerra civil de Río Grande, lo hizo obedeciendo á sus pasiones partidistas en la tierra nativa.

✓ Tiene Aparicio un verdadero fanatismo de partido.—En las campañas del Brasil, hacía guerra sin cuartel á todos los trapos colorados.—En su gente, no permitía que fuese colorada ni la bayeta de los ponchos.—Gumersindo, á pesar de ser muy blanco, se reía de estas exageraciones ó se las censuraba amistosamente.—Nada conseguía con ello, y Aparicio se creaba antipatías entre algunos de los mismos jefes revolucionarios á causa de este blanquismo intransigente, trasplantado á una tierra donde siempre tiene muchos devotos la memoria del general don Venancio Flores.

Es sabido que Gumersindo Saravia fué mortalmente herido en Rio Grande al llevar una carga temeraria sobre las fuerzas de Castilhos, teniendo al lado á su hermano Aparicio, que era ya su segundo.—Murió Gumersindo al día siguiente, y Aparicio quedó con el mando de la división.—Entonces se le daba el título de *Coronel*.—Meses despues, el señor Silveira Martins, jefe civil de la revolucion, le otorgó el título de *General*.—Los brasileiros, habituados á designar á las personas notorias por su nombre de pila, le llamaban *General Aparicio*, y esta designacion ha prevalecido entre sus correligionarios políticos del Estado Oriental, pues les evoca el grato recuerdo del otro general Aparicio, su más famoso caudillo, despues de la muerte de don Manuel Oribe.

// En Setiembre de 1895 quedó sometida la insurreccion de Rio Grande, mediante una amplia amnistia.—Prometerla era fácil; algo más difícil el cumplirla.—Los jefes más comprometidos preferían refugiarse en el Estado Oriental.—¿Qué haría Aparicio Saravia?—Lo natural era que volviese á su país, á su estancia del Departa-

mento de Cerro Largo.—Sin embargo, estuvo mucho tiempo vacilante sobre la resolución que debía adoptar.—Se decía que se negaba á disolver sus fuerzas y á entregar las armas.—Circulaba también el rumor de que vendría con toda su gente á iniciar una revolución blanca.

Los diarios de Montevideo publicaban el 24 de Octubre de 1895 el siguiente telegrama del comandante general de fronteras:

Rivera, Octubre 23.—A S. E. el señor Presidente de la República.—Montevideo. —En este momento recibo telegrama del coronel Gutierrez comunicándome que Aparicio Saraiva se presentó en Aceguá como con treinta hombres, que dice son vecinos del Cordobés, pidiendo permiso para pasar. Dice que viene á su estancia.

El coronel Gutierrez le permitió el paso solo con seis hombres y el del resto en pequeños grupos.

No ocurre novedad. — Saludo á V. E. atentamente —*Ricardo Estevan*, comandante general de Fronteras.

Los diarios del 25 publicaron este otro despacho, dirigido al señor Collazo, que se encontraba de paso en Montevideo:

«Melo, Octubre 25 de 1895.—Oficial 1.º Jefatura de Cerro Largo—A Jefe Político.—Montevideo. — El coronel Aguiar hácame saber en este momento que ayer de tarde pasó á este territorio Aparicio Saravia con 29 hombres y se dirige á su establecimiento de campo. Van con el mayor orden. Coronel Aguiar los acompaña hasta el Paso de la Arena de Fraile Muerto.»

Comentando esas noticias, decía LA RAZON:

«Después de esto, debe suponerse que ya no circularán rumores sobre la próxima invasión de los revolucionarios riogran-

densos, con Aparicio Saravia á la cabeza.»

Aparicio quedó, pues, como un pacífico vecino en la estancia heredada de sus mayores, Puntas de Pablo Paez (vease el mapa anexo).—El comisario de la seccion era precisamente su hermano Chiquito, entonces muy amigo del general Muniz.—La estancia de Chiquito es lindera de la de Aparicio.—Bien se explica, pues, que el recién venido y el funcionario público estuviesen en incesante contacto.

Incorporacion de Aparicio á la agitacion revolucionaria del partido blanco.

Si Aparicio Saravia calculaba que su hermano Basiliso podia crecer en la guerra civil de Rio Grande para ser útil al partido colorado, fácil es imaginar cuanto le trabajaria la idea de ser útil él mismo al partido contrario, habiendo crecido tanto en una campaña de tres años.—Simple paisano cuando abandonó sus pagos, volvia á ellos con titulo (no decimos despachos) con titulo de general, y con él prestigio de una leyenda propia, reforzada por la de su malogrado hermano, mucho más poderosa y merecida que la suya.—Su regreso al país coincidia con la formacion de clubs blancos en casi toda la República y con una propaganda francamente revolucionaria de cierta parte de la prensa de Montevideo.—Personas de su relacion aseguran, sin embargo, que en los primeros tiempos, muy solicitado por diferentes círculos para tomar participacion directa en trabajos subversivos, se manifestó reacio á esas sugerencias.—Sólo se pondría en armas, decia, si triunfase una revolucion en Montevideo, siendo

blanca, para secundarla,—siendo colorada, para sostener la autoridad derrocada.—Este cálculo era ya un principio de ambicion, y más debía halagar que desalentar á los agentes de la conspiracion.

En el Departamento de Cerro Largo es grande el prestigio del general don Justino Muñiz, que lo debe á ciertas cualidades de caudillo, á sus relaciones de familia y al favor con que lo han distinguido los últimos gobiernos colorados (1).

Una fraccion considerable del partido blanco respeta y quiere al general Muniz. —Hay otra que lo combate y detesta; pero, aunque bastante numerosa, carecia de jefe militar caracterizado.—Aparicio Saravia, convertido en general, caia como del cielo para llenar el vacío indicado.—Todos los blancos disidentes pusieron en él sus ojos, lo rodearon y mimaron.—Era difícil resistir largo tiempo á estos halagos.—Se le brindaba una posicion politica de primera fila en las luchas locales, y desde esa posicion era posible conquistar otra mucho más elevada en las luchas nacionales.—No sólo por sentimientos de emulacion debía inclinarse á enrolarse entre los adversarios del general Muniz; partidista intransigente, condenaba con severidad el concurso que su correligionario presta desde 1880 á los gobiernos colorados.—Todas estas causas se conjuraron para determinar la actitud del ex revolucionario riograndés: frente á Justino Muniz estaba Aparicio Saravia!

(1) Don Justino Muniz fué incorporado al ejército de línea el 21 de Junio de 1880, bajo el gobierno del doctor Vidal, dominacion de Santos, con el empleo de teniente coronel efectivo.—El 8 de Febrero de 1886 siendo Presidente de la República el mismo Santos, fué ascendido á coronel, y el 17 de Febrero de 1894 siendo Presidente el doctor Herrera y Obes, recibió los despachos de general de brigada.

Chiquito abandonó la Comisaría y los dos hermanos comenzaron á ser objeto de la vigilancia policial.—Esto les importaba ya muy poco, porque habían tirado los dados, afrontaban la lucha á cara descubierta.—Bajo su patrocinio se fundó en la seccion de Pablo Paez el club blanco denominado *Gumersindo Saravia*.—Para solemnizar la inauguracion del club, convocaron á una reunion popular en el mes de Agosto de este año.—Como sus estancias quedan en la parte Su-oeste del departamento de Cerro Largo, casi linderas con el del Durazno, blancos de uno y otro departamento concurren á la cita.—Estuvieron allí casi todos los que despues debían seguir á don Eusebio Carrasco en el pronunciamiento de la capilla de Farruco, y todos los que se alzaron con los dos Saravias y con Cornelio Oviedo.—Eran más de mil y se entregaron á las más imprudentes expansiones.—Viva la revolucion! fué el grito más comun y el que repercutió con mayor entusiasmo.—Comisarios y sub-comisarios que habían acudido como representantes del orden público se sentían arrastrados por el contagio revolucionario.—Se hizo una colecta de dinero, y colocados todos en línea de batalla, Aparicio Saraiva les pasó revista al galope, como un general en jefe —Ese caudillo tiene facciones regulares y expresion enérgica.—Viste con esmero, y á caballo disimula con postura arrogante la corta elevacion de su talla.—Los cerros de Pablo Paez oyeron durante largo tiempo el eco de esta exclamacion incesante: *Viva el General Aparicio!*

Síntomas precursores de la revolucion

Después de la reunión de Pablo Paez se esparció en casi todo el país el rumor de que Aparicio Saravia encabezaría una revolución blanca.—Sobre la agitación de los emigrados en Buenos Aires, en La Plata y en el Uruguay, había juicios diversos y versiones contradictorias.—Sobre la eficacia de los clubs blancos de Montevideo para cualquier propósito revolucionario, había mayor número de incrédulos que de creyentes, pero el rumor de la revolución encabezada por Aparicio Saravia era persistente, y tomaba diferentes formas en cuanto á los medios y la oportunidad del movimiento.— En Octubre, muchos hacendados de los Departamentos de Cerro Largo y Durazno recibieron consejos de prepararse para el estallido de la revolución, enviando caballos al Brasil y aún tratando de vender todos sus ganados.

Por aquel tiempo, el señor Idiarte Borda hizo su excursión festiva á la frontera deteniéndose varios días en Rivera.— La Razón del 26 de Octubre publicó el siguiente telegrama:

Rivera, 25 de Octubre.—(1 p. m).

Entre el elemento oficial, durante el baile, se conversa mucho sobre un telegrama que vieron los paseantes de Santa Ana, en el cual el general Tabares, desde Bagé, pide á un amigo que pregunte al coronel Cabeda qué hay sobre revolución en el Estado Oriental y quien es el jefe.

A pesar de la reserva que pretende guardarse sobre el particular, la noticia ha trascendido y causado cierto desasosiego.

Enviado Especial.

Y la misma RAZON del 26 insertaba este otra telegrama datado de la ciudad de Melo.

«Sobre levas, puedo decirles que efectivamente en diversas secciones del departamento se ha tomado gente para reforzar las policías, por orden del gobierno, según dicen.

«Del establecimiento de don Modesto Antunez, llevóse la policía una pandilla de veinte esquiladores, que marcharon á la estancia del general Justino Muniz.

«En la estancia de don Manuel Fariña, hizose igual arreada de esquiladores, y citanse idénticos procedimientos en distintos puntos.

«El hecho es que esas medidas han producido honda impresion en campaña, precisamente por verificarse en esta época de mayor labor del año».

Coincidió con esto la publicacion de un manifiesto del Directorio del partido blanco, visiblemente preparado y lanzado en vista de los sucesos que ya se dibujaban.— La esencia de ese documento era aceptar la revolucion como programa de futuro, y rechazarla como solucion del momento.— Por eso, *desautorizaba á toda personalidad, centro ú organizacion dentro del partido nacional, que por esder á impaciencias pudiera ocasionar movimientos anárquicos ó pretendiera sustraer de la direccion política de este directorio á parte alguna de su partido para hacerle adoptar una linea de conducta aventurada ó temeraria*,— y en términos enérgicos concluia por anunciar que seguiría acumulando elementos y organizando con perfeccion á sus adeptos para afrontar con éxito las emergencias del porvenir.— En esos mismos dias circulaban bonos al portador, ó recibos litografiados de diez pesos y

cantidades fraccionarias, destinados á formar el tesoro del partido blanco; pero como por este medio la recoleccion de dinero tenia que ser muy lenta y de dudosos resultados no faltó quien creyese, contando además con la cacareada unidad y disciplina del partido blanco, que todo movimiento revolucionario quedaba á lo menos aplazado.

Entre tanto, persistía con singular tenacidad el rumor de la revolucion encabezada por Aparicio Saravia.—Desde los primeros dias de Noviembre empezaron á llegar noticias anticipadas de los sucesos que se produjeron.—A causa de eso hubo en la Bolsa súbitos descensos de valores con reacciones inmediatas y sucesivas recaídas.—Del 15 al 20, ya se anunciaba públicamente que el pronunciamiento se verificaría el 25, y se daban como auxiliares de la empresa á don Juan Francisco Mena, á un tal Nuñez, coronel correntino, pero de origen oriental, á un coronel entrerriano llamado Molina, y al célebre jefe brasileiro Juan Francisco Pereira, no obstante haber sido uno los más terribles adversarios de los Saravias en la guerra de Rio Grande.—En esa atmósfera cargada de rumores cayó como una bomba un *telegrama-circular* que el Directorio del partido blanco hizo publicar el 23 en todos los diarios de la tarde;—decía así:

Señor Presidente de la Comision Departamentamental Nacionalista de Cerro Largo D. Doroteo Navarrete.—Rumores circulantes, de próxima conmocion del pais que invocan indebidamente la representacion del Partido Nacional, obligan al Directorio á condenar todo movimiento anárquico estimulando á las Comisiones Departamentales para que lo desautoricen, y comuniquen rápidamente á los co-

rreligionarios caracterizados del departamento la enunciada decision.—Montevideo, Noviembre 23 de 1896.—*Martin Berinduaque*, Presidente.—*Angel J. Moratorio*, Secretario.

Despues de conocer ese documento, nadie pudo dudar de que la revolucion debía estallar de un momento á otro, y fueron pocos los que atribuyeron á la palabra del Directorio autoridad bastante para sofocarla.—Su manifiesto de Octubre habia caido en el vacío.—No se habia dignado publicarlo el órgano oficial de la comunidad!—En dos corrientes muy diversas se habian dividido los blancos, y era evidente que una de ellas iba á romper de inmediato las vallas de la disciplina partidaria, jugando el todo por todo en los azares de la lucha armada.

Preparativos del pronunciamiento, del 21 al 24 de Noviembre

Desde principios de Noviembre era voz corriente en los pagos de los dos Saravias que la revolucion blanca estallaría el 25 de Noviembre.—Se hablaba de grandes depósitos de armas, en lugar seguro, y de otros elementos que afianzarían el éxito de la empresa.—No se sorprendieron, pues, los más íntimos, cuando el 20 de ese mes recibieron orden de concurrir á las dos estancias, sin llamar la atencion de las policías.

En los dias 21, 22 y 23 fueron llegando los conjurados.

Aparicio estaba en su casa y Chiquito en la suya, pero se comunicaban frecuentemente por medio de chasques.—Entre ambas hay una distancia de dos leguas.

En la tarde del 23, Aparicio tenia á su

lado veintitantos hombres.—Los llamó, y poniéndolos bajo las órdenes de un hombre de toda su confianza, les dijo que á las ocho de la noche debían marchar para la estancia de Chiquito donde recibirían armas y que despues seguirían la marcha para esperarlo en un punto que su jefe designaría.—Prometió Aparicio incorporárseles bien pronto y todos quedaron muy contentos con esta promesa del caudillo.

Poco despues de las ocho de la noche un grupo de 23 hombres salía silenciosamente en la direccion indicada (línea A B del plano anexo.)—Seis de ellos llevaban carabinas Winchester. Marcharon al paso y llegaron á su destino á las 9 1/2, encontrando en casa de Chiquito como unos cincuenta hombres, que se ocupaban de armar lanzas.

Chiquito los recibió cordialmente; les dió siete hombres más, y les entregó, además de las lanzas que necesitaban, otras cuarenta ó cincuenta, destinadas á los partidarios que se fuesen incorporando — El grupo llegó así á 30 hombres, y cada uno de estos llevaba por lo menos dos lanzas.—Poco despues de las diez, emprendía de nuevo la marcha en direccion al Rio Negro.—Iban todos en silencio—Caminaron toda la noche, haciendo alto en la pulperia de Manuel Ignacio Machado, donde compraron yerba y tabaco.—Aquel gasto se pagó al contado y esto mismo se hizo en todas las compras de la breve campaña.

Continuando la marcha, llegaron á las cinco de la mañana (dia 24) á la costa del Rio Negro, paso de Pereira.—En ese punto se presentaron algunos partidarios, muy vaqueanos por aquellos pagos.—Acamparon en el monte y carnearon algunos capones.

A las 10 de la mañana apareció un chasque de Aparicio Saravia. — El caudillo anunciaba su llegada para la caída de la tarde y recomendaba que se adoptasen precauciones para no ser descubiertos. — A indicación de un vaqueano se mudó de campamento después de la siesta, y no hubo contratiempo alguno.

A medio día, Aparicio Saravia, con dos asistentes, desensilló en una pulpería inmediata al Paso de Pereira. — Descansó allí tranquilamente hasta la tarde y en las primeras horas de la noche se incorporó al grupo acampado en el monte. — Su presencia fué saludada con grandes manifestaciones de júbilo. — Teniéndolo al lado, todos se sentían satisfechos y confiados.

Aparicio anunció inmediatamente que necesitaban pasar al Norte del Río Negro para una operación importantísima y dió orden de ensillar. — Eran ya cincuenta ginetes, y emprendieron la marcha sin demora. — A las diez estaban en el Paso de Pereira y vadeaban el Río Negro en la balsa que allí funciona. — Todos aquellos parajes estaban completamente desguarnecidos de autoridades policiales. — Ningún tropiezo estorbaba hasta aquel momento los planes del caudillo revolucionario.

El pronunciamiento de Aparicio Saravia (día 25)

Al empezar el día 25 de Noviembre, doce de la noche, Aparicio se encontraba en la octava sección del departamento de Tacuarembó. — Llevaba rumbo á la comisaría de policía, con intención de sorprenderla y tomar sus armas, pero en aquella marcha tenía á la vez propósitos de mucho mayor alcance.

Según telegramas dirigidos á LA RAZON por el corresponsal de Rivera, se anunciaba para el 25 de Noviembre una gran reunion popular en Coronilla, otra estacion de Aparicio Saravia, situada á 6 ó 7 leguas de nuestra frontera con el Brasil. —El objeto aparente era comer un asado con cuero en honor de la division blanca. —Se notaba movimiento de pequeños grupos en la direccion indicada según los informes de nuestro corresponsal. —Ese era, pues, el principal objeto de Aparicio en su excursion nocturna por la octava seccion del Departamento de Tacuarembó. —Esperaba encontrar reunidos en Coronilla á la mayor parte de sus amigos del Norte. —Esto es de toda evidencia histórica. —Es posible tambien, aunque no lo afirmamos, que contara recibir al mismo tiempo un buen refuerzo de sus antiguos amigos de la revolucion riograndense, con algo de lo que mas necesitaba para dar el grito y operar enérgicamente: armas de fuego, municiones abundantes. —Nuestro relato subsiguiente hará ver hasta qué punto quedaron defraudadas las esperanzas y combinaciones del audaz caudillo.

La marcha fué sigilosa. —Prohibicion absoluta de fumar. —Se cortaba campo para evitar la proximidad de las más conocidas poblaciones. —Solo se detenia la pequeña columna de tiempo en tiempo, para dar resuello á los caballos montados. —En el camino se iba reuniendo caballada de refresco. —Al amanecer del día 25, Aparicio estaba ya á una legua de la comisaria. —Hizo alto en un bajo, dejó allí su gente, y subió con un ayudante á la cuchilla. Munido de buenos anteojos de campo pudo bien pronto descubrir que la policia de aquella seccion contaba con unos 20 soldados, los cuales

en aquel momento preciso montaban á caballo, sin duda para recorrer la zona de su jurisdiccion.—Con este dato, Aparicio volvió adonde estaba su gente y la preparó para el combate. Empezó luego la marcha en direccion á la comisaria y antes de las siete de la mañana estaba á tiro de carabina del pequeño grupo policial.—El comisario hizo fuego con los pocos tiradores que llevaba.—Aparicio, entonces, inició la carga, y su adversario emprendió la retirada sin desmoralizarse.—En la persecucion, que duró más de una hora, hubo tiroteo de ambas partes (Véase el plano, direccion D. F.).—Al llegar al Paso de las Toscas de Caraguatá, Aparicio creyó conveniente retroceder hacia la comisaria que ya estaba ocupada por parte de su gente.

Encontraron allí un sujeto que estaba en la barra y declaró que lo habian reducido á prision por cruzar el camino con *golilla blanca* y suponerlo el Comisario un espía de los que andaban por alzar el poncho.—Habia tambien un policiano custodiando al preso.—Ambos se ofrecieron como soldados á Saravia, que recogió además en aquella primer jornada, cuatro carabinas remington, tres recados y una bandera.—Para custodiarla se nombró un abanderado, pero todavia no era tiempo de hacerla flamear al frente del grupo insurrecto.—Este continuó la marcha, despues de churrasquear, á las 10 1/2 de la mañana,—aguas arriba de Caraguatá (trayecto B F del mapa).—Durante este trayecto se presentaron muchos partidarios, y por esta causa, cuando Aparicio llegó á su estancia de Coronilla la columna tenia ya ochenta hombres.—Los nuevos soldados se armaban con las lanzas de repuesto que Chiquito habia entregado en su es-

tancia.—Los tiradores asimismo no alcanzaban á 20, con diferentes armas y escasa munición.

En la estancia de Coronilla tuvo el caudillo su primera decepcion. — Supo que la policia habia prohibido la reunion anunciada, y que con la noticia de esta prohibicion los grupos que acudian á la cita, ó habian retrocedido ó se habian disuelto. — No encontraba en aquel sitio nada de lo que esperaba encontrar, nada de lo que urgentemente necesitaba. — Sus amigos de San Fructuoso le habian enviado tres músicos y este era el único contingente que lo aguardaba en su estancia. — Esos pobres diablos habian ido en el concepto de asistir a *una fiesta*, pero eran blancos y les gustó la sorpresa de la revolucion. — El movimiento, á falta de otras cosas, tuvo su banda de música!

Aparicio no disimuló su enojo y su contrariedad ante aquel terrible contratiempo. — Para colmo de males, recibió chasques anunciando que el coronel Escobar se movía con fuerzas numerosas desde la villa de San Fructuoso y en direccion á Coronilla. — No por esto tuvo un solo momento de vacilacion. — Agrupó su gente y le expuso el estado de las cosas. — «De todas maneras, dijo, hoy mismo tenemos que pronunciarlos, porque á estas horas se pronunciarán tambien todos nuestros correligionarios en todo el territorio de la República. — Habrá levantamientos á las puertas mismas de Montevideo, y tendremos fuerzas sobradas para asegurar el triunfo de nuestra causa». — La palabra del caudillo fué estrepitosamente aclamada. — Don Sergio Muñoz leyó enseguida el manifesto de la revolucion, que provocó mucho entusiasmo. — Se hizo flamear la bandera tomada en la comisaria y la *banda* tocó

dianas triunfales.—Había fé ciega en la estrella del *General*.

Eran las cinco de la tarde.—Ordenó Aparicio que descansasen todos durante una hora, dejando pastar las cabalgaduras, y poco después de las seis de la tarde se ponía en marcha hacia el paso de Pereira del Rio Negro, advirtiéndole á sus soldados que tuviesen paciencia, que marcharian toda la noche, que no podía hacerlos descansar ni permitirles que *pitasen* en la marcha.

El pronunciamiento de Chiquito Saravia (día 25)

Aparicio se había separado de su hermano Chiquito dejándole las siguientes instrucciones:

Que en la mañana del 25 tomara la comisaría de su sección, apresando al coronel Aguiar, que debía encontrarse allí.

Que apresara igualmente al general Muniz en la casa de negocio de su yerno el señor Zabala.

Que después de esto buscarse rápidamente su incorporación por las inmediaciones del Paso de Pereira.

Chiquito trató de cumplir al pie de la letra esas instrucciones.

En la madrugada del 25, con sus cincuenta hombres, casi todos armados á lanza, avanzó la comisaría del Mayor Angel Muniz (hijo del finado D. Angel)—situada en la proximidad del cerro de Pablo Paez (trayecto B R del mapa.)—Los policianos no hicieron resistencia.—El Mayor Muniz y el Coronel Aguiar tuvieron que entregarse.—A este último le intimó Chiquito que telefonara á Melo anunciando completa tranquilidad.—Recogió en

seguida unas cuantas carabinas remington y marchó sobre la casa de Zavala para sorprender al General Muniz.—Con los policianos que se habian plegado y otros parciales que habian salido al camino, tenia ya la columna de Chiquito unos ochenta hombres.—Iban en calidad de oficiales Couto, Viramonte y Sosa.—Serian las doce del dia cuando Chiquito tuvo á la vista la poblacion de Zabala.—Hizo alto á una distancia de dos kilómetros (trayecto R. S del mapa), escondió la gente en el bajo y desprendió á Sosa con una partida de 18 hombres, para efectuar la operacion.

La poblacion del Sr. Zabala está ubicada sobre el camino nacional que conduce á Melo y es una de las más hermosas del departamento de Cerro-Largo.—La casa de familia es toda de material y muy sólida, pero el departamento destinado al almacen es, ó era, mejor dicho, de madera, de mas de veinte metros por cada costado, formando un cuadro.—El techo de ese departamento era de teja, y en dos de las esquinas se alzaban torreones de material con troneras que dominaban los cuatro costados de la casa.

No se encontraba en su morada el señor Zabala; pero estaba allí su familia con dos hijos del general Muniz, su suegro.—Uno de esos hijos, solo contaba once años de edad.—La gente del almacen y algunos criados, eran toda la custodia de la casa.—Se hallaba de visita una familia de la vecindad, que había llegado en jardinera.—Por aquellos lados, según parece, nadie sospechaba el levantamiento de los Saravias, materialmente preparado desde el dia 21.

El general Muniz, poco antes de la hora de almorzar, había venido solo y á caba-

llo desde su estancia cercana, como lo hacía diariamente, para ver á su hija y recrearse en la contemplacion de los pa-rejeros que cuidaba su yerno.—Habitual-mente almorzaba allí, — pero ese día prefirió volver á su casa.—Entró por el el porton que dá al camino real y se reti-ró por los fondos de la chacra, resguarda-do de la vista de los enemigos que iban en su busca á gran galope, por un espeso bosque de eucaliptus —El mismo no pudo darse cuenta del peligro que corría ni te-ner el menor presentimiento de la catás-trofe que amenazaba á los suyos.

Los dependientes de la casa de comercio, sintiendo tropel de gente, y viendo en se-guida lanzas con banderolas celestes, co-menzaron á cerrar las puertas.—Todavía ellos y el hijo mayor de Muniz estaban ocupados en cerrar el porton que dá al camino nacional cuando llegó Sosa y gritó: «No cierren; somos gente de paz».—Una descarga á boca de jarro fué la respuesta, y cayeron instantáneamente muerto el jefe de la partida y mal herido el soldado Pe-dro Francia (hijo).

Era evidente que el golpe había fraca-sado.—Así mismo, los demás individuos del grupo asaltante derribaron á hachazos una de las puertas de la pulpería y pene-traron en el interior.—Asegúrase que el hijo mayor del general Muniz todavía hizo resistencia brazo á brazo, resultando he-rido; pero muy pronto los asaltantes que-daron dueños de la casa de negocio, donde se apoderaron de lo que más les convino.—Empresa más árdua era apoderarse de la casa de familia, porque allí era de su-ponerse que estuviera el general Muniz dispuesto á una resistencia desesperada.—No lo intentaron siquiera.—Se contenta-ron con incendiar la pulpería desparra-

mando kerosene sobre todas las maderas, y volvieron á donde los esperaba Chiquito. —Dejaban el cadáver de su jefe y llevaban un compañero casi moribundo, mientras el humo y las llamas del incendio subían por uno de los torreones de la casa.

Cuando el hijo mayor de Muniz y los dependientes y criados del señor Zabala pudieron darse cuenta de lo ocurrido, lo que más les impresionó fué la desaparición del niño Muniz. —Habían dejado de verlo desde los primeros momentos y en ninguna parte lo encontraban. —Creyeron entonces que la partida lo había llevado prisionero y en ese sentido enviaron la noticia á Melo y á Montevideo. —La desgracia era inmensamente mayor. —El pobre niño se había refugiado en el torreón y moría asfixiado y calcinado por el humo y las llamas de aquel incendio tan inútil como criminal!

Después de incorporarse la partida, siendo ya como las dos de la tarde, Chiquito Saravia emprendió marcha en dirección á las puntas de Fraile Muerto (trayecto S T del mapa) sin encontrar enemigos y recibiendo en el camino algunos partidarios. —Acampó en ese punto al caer la tarde, y quedó por consiguiente á muy pocas leguas de Melo. — Se comió descansadamente y se durmió toda la noche.

Pronunciamientos de Carrasco y Oviedo (día 25)

De todos los pronunciamientos que Aparicio había anunciado en su proclama de Coronilla, solo se consumaron tres—el de su hermano Chiquito, que acabamos de relacionar, y los de Carrasco y Oviedo.

El sargento mayor don Eusebio Carrasco (1) reunió algo más de cien hombres en la capilla de Farruco, departamento del Durazno.—Esa es una zona donde abundan hacendados y familias del partido blanco.—Marchó apresuradamente hacia el paso de Polanco del Río Negro; vadeó este río, sorprendió la policía del pueblo de San Gregorio, recogió algunas carabinas rémington, y sin dar descanso á la gente siguió Río Negro arriba buscando la incorporación de Aparicio Saravia, con quien estaba en combinación.

A su vez el comandante don Cornelio Oviedo (2) levantaba treinta y tantos hombres en la costa de Tacuarí y con ellos marchó en busca de Chiquito, sin hostilizar á nadie y sin ser hostilizado.

Así pues, en la noche del 25 de Noviembre la situación del movimiento revolucionario era esta: al Norte del Río Negro, Aparicio con ochenta hombres retrocedía hacia el paso de Pereira, mientras Eusebio Carrasco salía á su encuentro con un contingente poco superior.—Al Sur, Chiquito acampaba en puntas de Fraile Muerto con menos de cien hombres todavía, y el único grupo organizado que iba en su auxilio era el muy pequeño de Cornelio Oviedo.

En todo, no alcanzaban á unos cuatrocientos hombres, y no tenían ni cuarenta armas de fuego de toda clase de sistemas. — Era posible que siguieran

(1) En el Escalafón Militar aparece incorporado al ejército de línea con ese empleo el 31 de Octubre de 1888, durante el gobierno del general Tajés.

(2) Don Cornelio Oviedo, según el Escalafón Militar, fué incorporado al ejército de línea con el empleo de teniente coronel efectivo el 20 de Diciembre de 1888.

reuniendo gente, mucha gente, pero era materialmente imposible que obtuvieran armamento análogo al de los miles de hombres contra quienes iban á combatir.— Sin embargo, podría jurarse que todos ellos contaban con la seguridad de la victoria.—Tanta ofuscación producen las pasiones políticas!

Lo que hicieron Aparicio y Chiquito el 26 de Noviembre

En un capítulo anterior dejamos á Aparicio Saravia, con su columna de menos de cien hombres, contramarchando en la noche del 25 hácia el paso de Pereira.— Se caminó toda la noche, con breves descansos.— En la mañana del 26, la columna acampó en un bajo, como á 15 leguas del Paso de Pereira; allí se churrasquió á la ligera.—Luego continuó la marcha, y se incorporaron algunos hombres sueltos.—Iba de mayoral de una diligencia que encontraron en el camino don Rosalio Muñoz, y en vez de seguir viaje entregó el vehículo á los peones, ciñéndose la divisa blanca y sentando plaza en las filas revolucionarias.—Tenía ya la columna más de cien hombres cuando se recibió chasque anunciando la proximidad de don Eusebio Carrasco.—Este se incorporó poco después con 125 hombres y nueve tiradores.—La columna remontaba ya á 250 hombres y fué creciendo hasta llegar al Paso de Pereira; pero solo se contaba con 29 ó 30 carabinas, escasamente dotadas de municiones.—En cambio, se arreaban más de trescientos caballos de reserva.—Eran las seis de la tarde.—Hombres y bestias vadearon el río en la balsa.

Aparicio estaba de nuevo al Sud del Río

Negro.—En menos de cuarenta horas había recorrido dos veces la distancia que media desde el Paso de Pereira hasta Coronilla, en todo, como sesenta leguas. —La gente, aunque con ánimo levantado, estaba rendida de cansancio. —Aparicio mandó acampar junto al monte; se hizo una carneada de capones y se descansó hasta las diez de la noche.—A esta hora se volvió á ensillar.—Nada sabía Aparicio de la suerte de Chiquito, y necesitaba acercarse á los sitios donde suponía que hubiese abierto operaciones. — Marchó, pues, lentamente, y con las debidas precauciones en direccion á las puntas de las Tariras (trayecto C G del mapa).

Chiquito estaba en aquellos momentos á gran distancia de su hermano —Lo dejamos al caer la noche del 25 acampado en las puntas de Fraile Muerto, á seis leguas de Melo.—Las fuerzas que guarnecían esta ciudad, entre las cuales estaba el 3.º Regimiento de Caballería de Línea bajo el comando del coronel don Julio Gutierrez, permanecieron inactivas durante el día 26.—El general Muniz se ocupaba de reunir y organizar gente.—Chiquito pudo sin peligro alguno estacionarse durante todo el día en Fraile Muerto, esperando incorporaciones, reuniendo caballadas, y revisando la balija de la diligencia que iba para Melo —Se le juntaron diversos grupos de hombres sueltos y don Cornelio Oviedo con más de cincuenta lanceros.—Al cerrar la tarde, había más de 300 hombres en el campamento de Chiquito, pero solo 34 carabinas.—Debía tener confianza ciega en su poder militar, ó en la inacción de sus enemigos, pues volvió á pernoctar sin alejarse de la posición peligrosa en que estaba,—á dos ó tres horas de Melo.

Esa confianza iba á serle fatal.

Persecución de Chiquito — Jun- cion de los dos hermanos — (día 27).

Al clarear el día 27, Chiquito, con sus tres cientos hombres, rompió la marcha por el mismo camino que habia llevado para ir á Fraile Muerto.—Iba con rumbo á su estancia, donde tal vez esperaba encontrar á su hermano Aparicio con los fuertes contingentes y los poderosos elementos de la reunion de Coronilla;—pero á la misma hora en que él dejaba su campamento, el Coronel Gutierrez (1) salia de Melo con su Regimiento de Caballeria y se unia á corta distancia con el General Muniz, que ya habia reclutado mas de tres cientos milicianos, decididos ambos á dar cuenta inmediata de Chiquito.—Debemos corregir la expresion.—Ellos no sabian que era Chiquito quien los habia ido á provocar en las inmediaciones de Melo.—Creian que debian habérselas con Aparicio y no conocian con certeza el número de sus enemigos ni la clase de armamento que llevaban.

Eran las diez de la mañana y habia andado Chiquito unas ocho leguas, cuando al pasar las puntas del Quebracho sintió su retaguardia escopeteada por las guerrillas avanzadas de Muniz y Gutierrez.

Durante algunos minutos, los 34 tiradores revolucionarios contestaron el fuego y

(1) Segun el Escalafon Militar esta es la carrera del Coronel Gutierrez: soldado el 9 de Diciembre de 1874.—Alférez el 23 de Marzo de 1876.—Teniente 2.º el 16 de Octubre de 1879. — Teniente 1.º el 18 de Mayo de 1880.—Capitan el 4 de Octubre de 1882.—Sargento Mayor efectivo el 16 de Abril de 1886.—Teniente Coronel efectivo el 21 de Enero de 1890.—Coronel Graduado el 22 de Febrero de 1894.

se pretendió hacer una retirada metódica.—En ese breve tiempo, tuvo Chiquito cinco muertos y once heridos.—En las fuerzas de Muniz hubo también dos bajas.—La lucha era insostenible; y Chiquito, fraccionando su gente, tomó al galope en dirección á las Tariras (véase el mapa).—Por este camino podía ir al paso de Pereíra ó á su estancia, según le conviniese.—Muniz y Gutierrez continuaron la persecución hasta el paso de las Piedras en Tupambae.—Allí se detuvieron para que descansasen ginetes y cabalgaduras despues de una marcha precipitada de varias horas, bajo un sol de fuego.—Chiquito, entonces, pudo proseguir la retirada con más calma y reconcentrar las partidas que habia desprendido.—Sin embargo, la abrumadora superioridad del enemigo habia quedado comprobada, y no poco debió sufrir con esto la moral de su gente.—El coronel Aguiar y el mayor Muniz habian logrado escaparse aprovechando la confusión de los primeros instantes.

Mientras esto sucedia, Aparicio marchaba al encuentro de su hermano.—Despues de churrasquear y reposar algunas horas en la mañana del 27, rumbeaba también hacia las Tariras.—Eran las tres de la tarde cuando ambas fuerzas se avistaron, y bien pronto estuvieron reunidas, con gran contentamiento de todos. Eran más de 600 hombres; pero les faltaban armas; no alcanzando á 80 las carabinas, de todo sistema, casi sin municiones.

Mientras la gente descansaba un poco y sacaba el freno á los caballos, los dos hermanos celebraban una conferencia reservada.—Debían comunicarse lo que respectivamente les habia ocurrido.—El balance era ingrato.—La marcha forzada de Aparicio á Coronilla habia resultado inú-

til.—Muniz, lejos de caer en manos de Chiquito, era su perseguidor.—No se tenía la menor noticia de ningún pronunciamiento en los departamentos inmediatos á la capital.—Estaban desarmados y el enemigo podía aparecer en cualquier momento coronando las cuchillas circunvecinas.—Se sobrepusieron, sin embargo á sus tristes impresiones, y con aparente confianza comunicaron á su gente que marcharian sin demora á la 8.^a seccion del departamento del Durazno, donde, segun dijeron, los esperaban numerosos amigos y podrian operar ventajosamente.—Recomenzó la marcha á las cinco de la tarde.—Bien pudieron los subalternos participar de la confianza que simulaban sus jefes cuando al pasar por el campo de los Saravias (véase el mapa), se les incorporaron dos hijos de Aparicio, menores de edad, y un hijo de Gumersindo, que solo tiene trece años.—A las 8 de la noche llegaron al paso de Villar del Cordovés; se surtieron de yerba y tabaco en la casa de negocio de don Leon de Aguerre, churrasqueando al mismo tiempo, y antes de media noche estaban de nuevo á caballo, para ir á buscar en el vacío el fantasma de la revolucion abortada!

Sucesos del 28 y 29 de Noviembre Proclamas de Salom y Aparicio

En la mañana del 28, las fuerzas revolucionarias acampaban en las inmediaciones de la estancia del coronel don Basilio Muñoz. (trayecto G. H. del mapa).—No habia noticias de que Muniz y Gutierrez hubiesen pretendido continuar la persecucion terminada en el Paso de las Piedras de Tupambae.—Tampoco habia indicacion

de que por algun otro rumbo se aproximasen fuerzas enemigas.—Se pudo, pues, comer despacio y dormir á pierna suelta.

En aquel campamento se incorporaron Basilio Muñoz (hijo) con 45 hombres y Juan Muñoz con 15, casi todos lanceros.—Llegaron tambien muchos individuos sueltos, que salían de los montes del Yí, donde se habían escondido al rumor del pronunciamiento.—A la tarde continuó la marcha, por la cuchilla que divide aguas á los afluentes del Yí y del Rio Negro.—Eran las 8 1/2 de la noche cuando se hizo alto junto á la estancia de doña Narcisa A. de Crosa.—para recibir un grupo de hombres capitaneados por dos hijos de esa señora y el jóven Arturo Salon, agente viajero de *El Nacional*.

Salon tenia muchos amigos en la columna de los Saravias, la cual no bajaba ya de 800 hombres. Se le recibió con entusiastas aclamaciones.—La *banda* se hizo oír en honor suyo, y él tuvo que pronunciar un discurso patriótico.—Tambien habló Aparicio, empezando por felicitar al joven Salon como correligionario fiel á sus compromisos políticos. — «Ojalá se portaran así, dijo, todos sus amigos de Montevideo. — Cuantos me han faltado!— Con esa clase de gente es imposible hacer patria. — No importa! — Si no muero, vencedor ó vencido, llegará el tiempo en que algunos me han de pagar su felonía. — No es gente lo que me va á faltar; sólo me faltan armas de fuego;— pero tengo lanzas, ya me rodean mil valientes y con ellos les juro que le he de dar trabajo al enemigo.—Todo por la patria!» Un viva atronador al *General Aparicio* fué la respuesta de esta arenga.— Todos rebosaban de alegría y ardor bélico, pero los mas inteligentes comprendie-

ron que en el espíritu y en las palabras del caudillo habia una profunda amargura.

Prosiguió la marcha lentamente, y al clarear el día 29 se encontraron los revolucionarios entre las puntas de Molles y Malbarajá. — Se acampó en ese punto. — Todos los partes de las partidas exploradoras eran tranquilizadores. — Por ningún lado se sentía la aproximación del enemigo. — Aquel domingo tenían lugar las elecciones de representantes en toda la República, y Aparicio pensaba que por esta circunstancia se paralizaría el movimiento de las fuerzas del Gobierno. — La oportunidad se presentaba propicia, para seguir recibiendo incorporaciones de la gente refugiada en los montes circunvecinos, recoger caballadas, formar escuadrones, nombrar jefes y oficiales, organizar la columna revolucionaria. — Y en eso, en efecto, se empleó el día 29 de Noviembre. — Había ya en el campamento más de mil hombres, jóvenes y vigorosos. — Los hacendados blancos salían á ofrecer sus caballos, diciendo: «si los ha de llevar el Gobierno, preferiré os que los lleven ustedes». — Fué fácil así reunir hasta 1000 caballos de reserva en excelente estado. — Y sobre la base de Chiquito, Carrasco, Oviedo, Viramonte y los Muñoz, Aparicio dió mandos regulares á todas sus tropas, con una organización tan completa como podía serlo en aquellas apremiantes circunstancias.

En resumen de cuentas, todo iba regularmente bien menos la cuestión de las armas. — Entre los voluntarios que se presentaban, habia algunos que traían buenas carabinas, pero así mismo, los tiradores de la revolución no alcanzaban á 150, y hasta las lanzas habían empezado á escasear. Cientos de hombres sólo cargaban

pistolas y cuchillos! «Necesitamos tomarle armas al enemigo»—dijo Aparicio Saravia. —Se encontraba acampado á pocas leguas del Sarandí, villorrio de bastante importancia comercial, situado sobre la márjen derecha del Yi (véase el mapa).—Sabíase que allí, además de los policianos, siempre bien armados, se había improvisado una reunion de milicias.—Sorprender á todos y tomarles las armas, era la única operación que en aquel instante ofrecía probabilidades de éxito.—Aparicio resolvió acometerla, y con ese intento movió su columna despues de cerrada la noche, adoptando precauciones para no ser sentido.

Ocupacion del pueblo del Sarandí (día 30)

Despues de una marcha lenta y sigilosa, al amanecer del 30 de Noviembre, Aparicio tuvo á la vista el pueblo del Sarandí —Hizo alto, y desprendió á Viramonte con 150 hombres, para que se acercase al pueblo y descubriese el número, calidad y posición de las fuerzas enemigas.

Eran las seis de la mañana.—A esa misma hora, el capitan don Félix Lacuesta salía del Sarandí para hacer la descubierta.—Llevaba sesenta hombres, tan mal armados como los revolucionarios.—Viramonte, con un rápido movimiento se interpuso entre el pueblo y Lacuesta, quedando éste privado de volver á su punto de partida.—Los sesenta milicianos del gobierno se retiraron campo afuera, sin que Viramonte se preocupara de seguirlos.—Otras fuerzas de Aparicio amagaron la persecucion sin insistir en ella.—Lo que les interesaba era la gente del pueblo.

Viramonte, despejado el camino, entró

á los suburbios del Sarandí y se enteró fácilmente de lo que allí ocurría.—Estaban acantonados en la azotea de la casa de policía, situada á media cuadra de la plaza, 25 guardias civiles y unos 40 colorados, adictos al Gobierno.—Mandaban aquella fuerza el teniente Dubra y el 2.º comisario.—Estos datos fueron inmediatamente comunicados al caudillo revolucionario, que avanzó en seguida.—Como aparato imponente, distribuyó quinientos hombres por las diferentes alturas que dominan el pueblo, dejándolo completamente rodeado.—Con el resto de su gente, entró al centro de la población, ocupando la plaza y los alrededores de la policía, á son de dianas triunfales.—La fuerza acantonada lo recibió con una descarga de fusilería.—Aparicio, entonces, se adelantó solo como á cincuenta metros de la policía, y con voz estentórea dijo: «La resistencia es inútil; tengo más de mil hombres dispuestos á morir.—Si vuelven á hacer fuego y matan ó hieren á uno solo de los míos, todos ustedes serán pasados por las armas de la patria».

En realidad, la resistencia no habría sido inútil, sino muy hacedora, si la fuerza del cantón hubiera estado bien armada y bien municionada; pero solo disponía de 25 carabinas remington y de 200 tiros.—En estas condiciones, era natural que la lucha pareciera imposible, sobre todo, ignorando como ignoraban el teniente Dubra y el 2.º Comisario que sus numerosos asaltantes tampoco disponían de municiones suficientes para un ataque en forma.

Un silencio profundo acogió las palabras de Aparicio.—A todo esto, la aldea andaba ya completamente revuelta.—Las familias blancas agasajaban á los revolucionarios llevándoles pan, queso, dulce, mate, etc.—

Circulaban las divisas bordadas y en cada ventana se representaba un idilio.—De esta efervescencia femenina surgió la idea de una mediación entre sitiadores y sitiados.—Se nombró al efecto una comisión de señoras, que llegó á la plaza cuando Aparicio acababa de hacer su intimación.—El caudillo la recibió con urbanidad y permitió que pasara á entenderse con los del cantón, declarando que dejaría á todos en libertad si se rendían y entregaban todos sus elementos de guerra.—Las señoras tuvieron también una acogida amable en la casa de policía.—El teniente Dubra y el 2.º Comisario dijeron que por escasez de municiones estaban dispuestos á rendirse en las condiciones indicadas, pero que no lo harían sino con intervención de una comisión de comerciantes extranjeros que garantizara la efectividad del pacto.—En este sentido prosiguió la negociación con beneplácito de Aparicio, y una vez formada la comisión de extranjeros, estos hicieron salir desarmados á los defensores del Gobierno.—Aparicio les dirigió algunas palabras poco amables, porque siempre se excita mucho cuando tiene colorados por delante;—pero respetó fielmente su compromiso.—Todos quedaron en libertad, y algunos quisieron espontáneamente abrazar la causa revolucionaria.—Esto mismo hicieron muchos dependientes de comercio y jovencitos de familias acomodadas.—El Club blanco presentó al caudillo triunfante la bandera que le habían regalado hace poco las damas de la localidad, y las manifestaciones callejeras fueron subiendo de punto, en el vértigo de la ingénua ilusión que transformaba aquel hecho de corto alcance moral y material en una gran victoria, eminentemente auspiciosa.

Sólo Aparicio Saravia se conservaba extraño al influjo del entusiasmo general. —Todo lo que le proporcionaba la ocupacion del Sarandí era lo siguiente: 25 carabinas remington con doscientos tiros, ocho corvos con su correaje correspondiente, 16 caballos pátrios y dos banderas, la del club blanco y la de la Comisaria. —Entretanto, despues de interrogar con avidez á las personas mas caracterizadas del pueblo, pudo cerciorarse de que el movimiento del 25 de Noviembre no habia tenido ninguna de las ramificaciones con que él contaba. —Se veia completamente aislado y recibia informaciones fidedignas de que el Gobierno reunia apresuradamente fuerzas poderosas, haciendo maniobrar al mismo tiempo todos sus regimientos de caballeria de linea. —Supo con seguridad que el Comandante Barriola se habia movido de la capilla de Farruco y podia avanzar por el Noroeste mientras el Coronel Alcoba se acercaba por el Sur. —El mayor Rodriguez, 2.º jefe de Barriola, habia escopeteado y corrido en la tarde anterior á algunas de sus partidas retardadas. —Era muy posible que el General Muniz le cerrase el paso hácia el Nordeste. —Detenerse en el Sarandí era exponerse á quedar cercado. —Habia que atropellar sobre el enemigo que parecia mas débil, —es decir, sobre las milicias del Coronel Alcoba, y enseguida lanzarse sobre la vía de Nico Perez, con la esperanza de apresar un tren que condujese armas del Gobierno. —Esta fué la concepcion militar de Aparicio, y para realizarla interrumpió el júbilo desbordante de sus tropas y de la poblacion, dando orden de marcha antes de la una de la tarde. —Sarandí quedó abandonado, y el silencio y la soledad reinaron luego en sus calles. —Tres horas

despues lo ocupaba con su regimiento el Comandante Barriola.

Primer contraste del coronel Alcoba (continuacion del dia 30)

Don Manuel Alcoba (1) es un coronel á la antigua, hombre de campo, valeroso y confiado. Había reunido á la lijera unos 200 hombres, de los cuales la mitad próximamente llevaba carabinas remingtons. En su mayor parte no eran soldados hechos ni partidarios decididos. Habian caido muchos blancos bajo la accion del reclutamiento improvisado.—Con aquella fuerza, arreando abundante caballada, el coronel Alcoba iba buscando la incorporacion del comandante Barriola para batir enseguida á los revolucionarios, sin suponer que estos se hallaban interpuestos y podrian derrotarlo fácilmente.

Aparicio acababa de vadear el Yí cuando recibió chasque de sus avanzadas anunciando que se aproximaba una fuerza como de doscientos hombres, cuyas lanzas ostentaban banderolas coloradas.—Satisfecho de la exactitud de sus cálculos eligió doscientos hombres de pelea y con ellos salió al encuentro de Alcoba, ordenando que el resto de su gente quedase oculta en un bajo.

Con o á dos leguas del pueblo Sarandí, entre el Sauce é Illescas, hay sobre la loma un antiguo cementerio.—Frente á esta loma tendió Aparicio una guerrilla de ti-

(1) Segun el escalafon militar Alcoba, entró al ejército de linea con el empleo de capitán el 27 de Setiembre de 1876. Ascendió á sargento mayor efectivo el 17 de Noviembre de 1886, á coronel graduado el 2 de Marzo de 1891 y á coronel efectivo el 17 de Febrero de 1894

radores.—Alcoba subió al galope por la izquierda del cementerio, hizo alto, y rompió el fuego.—Cayeron muertos dos soldados revolucionarios —Advirtió con rapidez Aparicio que no podía afrontar el combate con armas de fuego, sin agotar sus escasas municiones, y resolvió llevar inmediatamente la carga,—haciendo avanzar las reservas ocultas en el bajo.—*Yo soy Aparicio Saravia*, gritó—*vení á matarme, salvaje!*—Y cargó al frente de sus doscientos hombres, mientras á derecha é izquierda avanzaban al galope los demás escuadrones.—El coronel Alcoba pretendió hacer pié, sin reparar en la superioridad del enemigo; pero sus fuerzas se desbandaron y él mismo tuvo que escapar á uña de buen caballo.

Empezó entonces la persecucion, dirigida por Aparicio en persona durante dos horas consecutivas.—A las cinco y media hizo alto Aparicio, para reconcentrar su gente.—Alcoba siguió la retirada en direccion á la estacion de Illescas (via Nico Perez, véase el mapa), y los revolucionarios se desviaron en direccion á la estacion Mansevillagra.

Durante la persecucion tuvo el coronel Alcoba ocho muertos y muchos heridos.—Bien desgraciada fué la suerte de tres hermanos que iban en aquella fuerza del Gobierno, á pesar de ser blancos.—Murió uno de ellos, quedó otro mal herido y el tercero cayó prisionero de sus propios amigos!

Al caer la tarde, reunidos y reorganizados sus escuadrones, Aparicio continuó la marcha y no se detuvo hasta llegar á un cerro alto que hay como á dos leguas de la estacion últimamente mencionada.—Allí acampó, y pudo la gente descansar de las fatigas de un dia agitadísimo.

La jornada del 30 de Noviembre había tenido dos actos relativamente felices: la ocupacion del Sarandí y la dispersion del coronel Alcoba.—Fueron estos hechos los que determinaron las grandes alarmas de Montevideo en la noche de ese día.—Una parte del 2.º de Cazadores salía en tren expreso para la Florida y quedó resuelto que el Ministro de la Guerra se pondría en campaña con otras fuerzas de infantería.—Al día siguiente, 1º de Diciembre, se tiraba el decreto represivo de la libertad de la prensa. Parecía en auge la revolucion; pero verdaderamente, si Aparicio, como intentaba, no conseguia sorprender un convoy de armamento en la línea de Nico Perez, todas las ventajas obtenidas eran insignificantes y efimeras.

El fracaso en la via de Nico Perez (día 1.º de Diciembre)

Al amanecer, Aparicio formó una columna como de 200 hombres, seleccionando sus mejores tiradores y soldados más aguerridos.—Bajo las órdenes de Chiquito, Viramonte, Basilio y Juan Muñoz, marchó esa columna á la estacion Mansevilla-gra y levantó los rieles de la via férrea, sobre la parte Norte del puente que cruza el arroyo. En esa posicion debían esperar el tren de Nico Perez para Montevideo y el de Montevideo para Nico Perez.—Aparicio, quedaba á dos leguas, con sus caballos ensillados, atento á las operaciones del comandante Barriola, que podía atacarlo por la retaguardia, y dispuesto á correr en auxilio de su hermano, si fuese necesario.

Aquel día los revolucionarios estuvieron á 36 leguas de Montevideo.—El Gobierno

lo supo inmediatamente, y redoblaron las alarmas, y con las alarmas, las medidas militares que debían precipitar la ruina de la revolución. Muniz y Gutierrez recibieron orden de avanzar hasta Cerro Chato.

Llegó el tren de Nico Perez, á las 11 y 10 de la mañana, hora regular del itinerario.— Todos los vagones fueron escrupulosamente registrados — Nada útil se encontró en ellos.— Esto no debía sorprender á los revolucionarios, porque las armas no podían viajar de campaña para la capital, sino de la capital para la campaña.— Había que esperar el tren de Montevideo.— Tal vez allí se descubriera la presa codiciada.

Aparicio y Chiquito estaban en frecuente comunicacion.— Tuvo noticias el último de que el coronel Alcoba se hallaba reuniendo sus dispersos en la Estacion Illescas, y propuso ir á batirlo de nuevo, mientras su hermano ocupaba la vía en el punto desmantelado. Así se hizo.— Era más de la una y el comandante Barriola no se hacía sentir.— Como el tren de Montevideo debía llegar antes de las tres, Aparicio creía poder esperarlo impunemente, mientras Chiquito iba á entonar la moral de las tropas con una nueva victoria.— Pero el tren no llegó; y Aparicio, por las informaciones que le daban en la estacion, pudo convencerse de que no llegaría.— Conocida la interrupcion de la línea, era seguro que lo habrían hecho detener en alguna de las estaciones del camino.— Así había sucedido en efecto; y de todas maneras Aparicio no habría encontrado en aquel tren las armas que buscaba, las armas que necesitaba para no sucumbir miserablemente en su temeraria empresa.— La operacion había fracasado.— De hora en hora se confirmaba el aislamiento de

los revolucionarios, y quedaba á la evidencia demostrado que no era posible conseguir las armas de fuego indispensables para poner á la gente en verdaderas condiciones de pelea. — Aparicio, comprendiendo todo esto, irascible y sombrío, marchó paralelamente á la línea, en direccion á la Estacion Illescas, donde esperaba encontrar á Chiquito

Segundo contraste del Coronel Alcoba (continuacion del día 1.º)

El Coronel Alcoba estaba n efecto en la Estacion Illescas, reuniendo sus dispersos y con una vaga esperanza de que el tren de Montevideo le llevara refuerzos, pues los habia pedido, sin recibir contestacion, á causa de haber destrozado los revolucionarios la línea telegráfica. — Tenia ya como cincuenta hombres y alguna caballada. — Serian como las cuatro de la tarde, cuando desde la estacion se avistaron las primeras partidas con lanzas de banderolas blancas. — Alcoba dió orden de montar á caballo, y emprendió la retirada al trotecito, en direccion á Nico Perez; pero las fuerzas de Chiquito cortando alambrados á diestra y siniestra, se precipitaron sobre el pequeño grupo colorado, á gran galope, en medio de una griteria infernal, y lo obligaron á desbandarse, emprendiendo la fuga á todo escape. Algunos soldados de Alcoba fueron alcanzados y lanceados en la persecucion, que se prolongó en el espacio de más de cinco kilómetros.

La suerte de la guerra tiene combinaciones engañosas. — Este pequeño triunfo debia ser funesto para los revolucionarios, como se verá en el capítulo siguiente. —



Teniente Coronel JUAN P. BARRIOLA

JEFE DEL 4.º REGIMIENTO DE CABALLERÍA

Chiquito se alejó demasiado de Aparicio y diseminó su gente en una persecucion poco fructifera.—Sin saberlo, el Coronel Alcoba habia prestado á su causa un buen servicio, haciéndose derrotar por segunda vez.

Avance del 4.º Regimiento de Caballería—Contraste de los revolucionarios (continuacion del día 1.º)

Iba Aparicio á la tercera parte del camino entre la Estacion Mansevillagra y la Estacion Illescas cuando sus bomberos de la izquierda anunciaron la proximidad de fuerzas, coloradas.—Era el 4.º Regimiento de Caballería de línea, bajo las órdenes del Comandante don Juan Barriola (1).—Este jefe, como ya se vió, habia ocupado el pueblo del Sarandí dos ó tres horas después de abandonarlo Aparicio.—Tomó allí informes exactos sobre el número de los revolucionarios y la clase de armamento que llevaban, resolviendo enseguida marchar sobre ellos, con sus trescientos hombres, sin esperar la proteccion de la division del Durazon, cuyo reclutamiento habia iniciado con éxito el Jefe Político de ese departamento, coronel don Zoilo Pereira.—Vadeó el Yi el Comandante Barriola, y á poco andar tuvo noticia del desastre del coronel Alcoba.—Era ya tarde, y no podia saberse con seguridad la direccion que habia to-

(1) Según el Escalafon Militar, don Juan M. Barriola fué alférez el 12 de Febrero de 1886, teniente 2.º el 20 de Marzo de 1887, teniente 1.º el 28 de Junio de 1889, capitan efectivo el 5 de Noviembre de 1893, sargento mayor efectivo el 18 de Agosto de 1894 y teniente coronel efectivo el 3 de Marzo de 1896.

mado el enemigo, engolfado en la persecucion de las milicias floridenses. — Era necesario también dar descanso á la tropa y á la caballada, no muy abundante esta última. — Pernoctó el Comandante Barriola en las puntas del Sauce, (véase el mapa) y el 1.º de Diciembre, apenas aclaró el día, desprendió sus bomberos, por los cuales supo que los revolucionarios habían tomado rumbos á la Estacion Mansevillagra. — Con esos mismos rumbos emprendió la marcha á las diez de la mañana, y antes de las cuatro de la tarde avistaba al enemigo.

Aparicio subió á una cuchilla y observó con anteojo los movimientos del comandante Barriola. — No podia haber la menor duda; era aquella una fuerza resuelta á batirse, aunque en número muy inferior á la de los revolucionarios, confiando en la superioridad del armamento y de la organizacion militar. — Habia quedado en la columna de Aparicio escaso número de tiradores, y buena parte de su gente ni lanza tenia. — Era grave la situacion, y creyó el caudillo resolverla dejando el grueso de las fuerzas á Carrasco, Oviedo, Antonio Mena y un capitan Clavijo, muy conocido y querido entre los blancos, con encargo de hacer una retirada pausada y vigorosa, mientras él, con un centenar de hombres, se adelantaba á la Estacion Illescas, en busca de Chiquito, para traerlo al combate con sus tiradores y soldados escogidos. — La gente desarmada debia marchar á vanguardia de Carrasco, custodiando las caballadas. — Así quedó arreglado y durante media hora corrieron bien las cosas. — Pero muy pronto, el Comandante Barriola, acelerando el paso de sus tropas, estaba ya sobre el flanco izquierdo de los revolucionarios y los escopeteaba con audaces guerrillas.

Los revolucionarios, siguiendo las instrucciones de su jefe, procuraron contener las guerrillas de Barriola, con los pocos tiradores de que disponían; pero no tardaron en comprender cuan desigual era la partida.—Se retiraban bajo un fuego que se hacía más mortífero de momento en momento.—Cayeron muertos el capitán Clavijo y otros blancos menos conocidos.—Era difícil mantener el orden en las filas, pues casi todos, impotentes para contestar con balas á las balas enemigas, aspiraban á ponerse fuera de su alcance.—En tan difícil coyuntura, deliberaron los jefes enviar á toda brida un chasque para explicarle á Aparicio lo que ocurría y pedirle que regresara en su auxilio sin demora.—Partió el chasque á mata-caballo y logró alcanzar al caudillo antes de la Estación Illescas.—No fué grande la sorpresa de Aparicio al recibir aquel parte.—Lo transmitió á Chiquito, instándole para que apresurara su reincorporación, y retrocedió al galope hacia donde lo llamaban sus compañeros en peligro.—Como él y los suyos marchaban ahora en la misma dirección, no tardaron en encontrarse.—Aunque el apremio de la retirada había subido de punto, con nuevas pérdidas de vidas y con principio de dispersión, la presencia del jefe superior reanimó el espíritu de los revolucionarios.—Como siempre, hubo aclamaciones entusiastas al *General Aparicio*.—Este, tuvo entonces una inspiración atrevida.—Disponía de más de 400 lanceros, y las fuerzas del comandante Barriola excitadas por la persecución, se habían fraccionado con exceso.—«Vamos á llevarles la carga y concluiremos con ellos», exclamó Aparicio. Sus dos hijos, el hijo de Gumersindo, que habían combatido bravamente en las

guerrillas, y algunos jóvenes más, con el ardor propio de su edad, prorrumpieron en manifestaciones de regocijo, pero los hombres viejos que allí había, con experiencia de la guerra y conocimiento práctico de lo que valen los cuerpos de línea, sacudieron tristemente la cabeza.

—Que!—preguntó Aparicio;—¿no están conformes? ¿No ven que los vamos á derrotar en dos minutos?

Fué preciso explicarle todos los peligros de la operacion.—Apenas se iniciase la carga, se reconcentrarian los grupos del Regimiento y echarían pié á tierra.—Con sus armas de repetición harían un fuego espantoso.—Sería imposible llevarlos por delante y habría que retirarse con pérdidas inmensas.

Aparicio escuchaba impaciente, y sin oponer razones á las razones que se le daban, gritó con ademan de combate:

—El que quiera que me siga!...

¿Buscaba la muerte para dar á su fracaso un tinte heroico?—Los compañeros lo rodearon, le impidieron moverse y con reiteradas instancias y demostraciones lograron hacerlo desistir de su intento.

Mientras tanto, el comandante Barriola, sea porque necesitaba dar descanso á su gente, sea que hubiera notado la llegada de Aparicio y creyera necesario precaverse contra alguna resolución desesperada del enemigo, había hecho alto allí y ordenado la suspensión del fuego. A favor de este respiro que se le daba, Aparicio reorganizó su gente lo mejor que pudo y dirigió personalmente una retirada más tranquila y mucho menos desastrosa.

En la Estacion Illescas (Continuacion del día 1.º)

Preocupado siempre de la suerte que habia corrido Chiquito, así que Aparicio tuvo á la vista la Estacion Illescas se adelantó hácia ella con un grupo de hombres. — Supo allí que el Coronel Alcoba se habia retirado en desbande y descubrió á la gente de su hermano, que retrocedia en diferentes grupos, buscando su incorporacion. — Quedó satisfecho á ese respecto, aunque lamentado que por falta de aquella fuerza se hubiese malogrado segun él creia, un golpe feliz sobre el 4.º Regimiento de Caballeria de Línea.

Aparicio conversó algunos minutos con el jefe de la Estacion. Quería dejar en él impresiones favorables, esperando que las trasmitiese á Montevideo — Parecía muy sereno, y dijo sonriente: «Ahí viene el 4.º de caballeria tiroteando mi retaguardia; no lo peleo porque lo mejor de mi gente está para adelante y no me gusta la pierna, pero ya los he de agarrar en mejor terreno y cuando la lleve á la faja!»

Eran las seis de la tarde. — Grandes trozos de caballada pasaron por los dos costados de la Estacion y poco despues toda la columna de Aparicio. Este, entonces montó á caballo y salió al trotecito para ponerse al frente de ella.

El fuego habia cesado, pero no la persecucion. — Antes de media hora el Mayor Rodriguez, 2.º jefe del regimiento, estaba en las inmediaciones de la Estacion con ciento y tantos hombres, y tomando posiciones en una poblacion allí situada hacia fuego nutrido sobre los revolucionarios que se hallaban ya todos reunidos y se parapetaban á su vez en las man-

gueras de la estancia de Sosa, como á dos kilómetros de distancia.

Dos soldados del 4.º, con imprudencia suma, avanzaron hácia un bajo, sabe Dios para que, y allí sucumbieron rodeados por numerosos enemigos cuya proximidad no habian advertido — En su cuerpo, se les supuso desertores ó pasados. — Al día siguiente los vecinos daban á los cadáveres piadosa sepultura.

Esa fué la última sangre que se derramó en aquella jornada. — Pronto empezó á oscurecer, y el mayor Rodriguez se replegó sobre el nucleo principal de su regimiento que habia quedado muy atrás, con los caballos algo cansados. — Barriola y Rodriguez cenaron esa noche en la estancia del Sr. Fábrega, celebrando la buena comportacion de sus tropas y las ventajas obtenidas sobre los revolucionarios.

Aparicio y Chiquito fueron á acampar á cinco kilómetros de la Estacion Illescas.

Desastre nocturno. — Sinistra terminacion del día 1.º

Lo que vamos á narrar aquí, es completamente desconocido; y sin embargo, tuvo influencia decisiva en el rápido desenlace de la campaña revolucionaria.

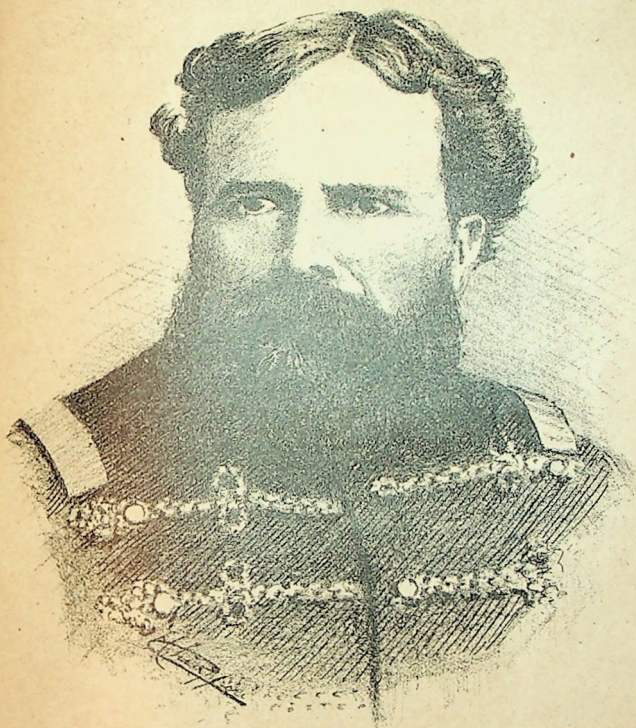
Antes de acampar los dos hermanos Saravias, celebraron una larga conferencia. — Aparicio, sostenía que si Chiquito hubiese estado más cerca de él, con todos sus elementos, habría sido posible arrollar y descalabrar al Regimiento del comandante Barriola, tomando armas y municiones, levantando la moral de los ánimos, que ya empezaban á decaer. — A su juicio, la situación era desesperada, si no se obtenía un triunfo sobre las fuerzas que que-

daban á retaguardia, mucho menos numerosas que las que iban á encontrar más adelante, bajo las órdenes del general Muniz.—Era necesario jugar el todo por el todo, con un golpe de mano que sonase en el país y sacudiera á los correligionarios amilanados.—Para esto, opinaba que debería tomarse únicamente algunas horas de descanso y en la madrugada marchar sobre Barriola, para tratar de sorprenderlo á todo trance —Chiquito se manifestó conforme con el plan de Aparicio, tomando ambos sobre sí la responsabilidad de la operacion.—En ese concepto, ordenaron á las respectivas columnas, que sacasen los frenos sin desensillar, durmiendo con el caballo de la rienda.

La gente estaba rendida de fatiga.—Pronto quedaron casi todos profundamente dormidos.—Era la noche de extraordinario calor, muy oscura, presagiando tormenta.—Serian las nueve y media cuando hacía el lado donde acampaba Chiquito se sintieron algunas detonaciones.—Esto fué una primer señal de sobresalto.—Poco despues, se oyó algo así como un gran tropel de caballos, en la direccion por donde podian atacar las fuerzas de Barriola.—Los revolucionarios se juzgaron sorprendidos y se precipitaron sobre sus caballos en una confusion espantosa.—Una caballada asustada por los tiros en el profundo silencio de la noche recorria el campamento, dispersaba los grupos que se iban formando y multiplicaba en todas partes la impresion del pánico.—En medio del tropel y las tinieblas nadie podia reconocer á sus jefes y oficiales.—Aparicio y Chiquito fueron ellos mismos envueltos en la disparada, aunque trataban siempre de detener y organizar la gente, pero no pudieron hacer alto hasta

las dos de la mañana, para darse cuenta exacta de la situación.—Habían perdido buen número de caballos y sufrido alguna dispersion; pero aun tenían á su alrededor de 700 á 800 hombres.—El desastre material era reparable, pero en todo lo ocurrido se revelaba el desastre moral, causado por el fracaso evidente de la revolución y el convencimiento que se operaba en el espíritu de los más entusiastas sobre el peligro incesante de sucumbir bajo la acción de incontrastables enemigos —Era ya imposible pensar en la sorpresa al comandante Barriola. No había más salvación que la continuación de la retirada, y para facilitarla resolvió Aparicio dividir sus fuerzas en dos trozos, uno bajo sus inmediatas órdenes, que iría adelante, y otro bajo las de Chiquito, que marcharía á distancia de dos ó tres leguas.—En este orden siguieron á Nico Pérez, sin objetivo determinado, entregados ya á la fatalidad de su destino, que los empujaba al encuentro de su más poderoso y encarnizado adversario.

Antes de cerrar este capítulo, debemos preguntarnos: ¿cual fué el origen de los tiros que hicieron disparar la caballada y produjeron el pánico?—Entre los mismos revolucionarios circularon diferentes versiones.—Decían unos que había hecho fuego una partida suelta del coronel Alcobá.—Pretendían otros que habiendo un soldado de Chiquito dejado disparar su carabina casualmente, otros habían disparado las suyas sin saber á quien ni á donde.—Y no faltaban quienes murmuraran que la descarga había sido contra algunos prisioneros tomados el 30 de Noviembre.—Esta última es la más inverosímil de todas las versiones.—Para asesinar hombres rendidos en el silencio de la noche no se emplean armas de fuego!



General JUSTINO MUNIZ

JEFE DE LA DIVISIÓN DE CERRO-LARGO

Movimientos del día 2

En la mañana de este día Aparicio pasó á la vista del pueblo de Nico Perez, con 400 hombres más ó menos.—Con otro tanto, y por el mismo camino, pasó más tarde Chiquito. No léjos de allí, y guardando siempre la distancia convenida, uno y otro acamparon y carnearon.

En aquellas horas la suerte parecia favorecerlos —No divisaban enemigos por ningun lado.

El comandante Barriola se había movido de las inmediaciones de la estacion Illescas á hora avanzada de la mañana y emprendía una marcha pausada por falta de caballos.—Recogió unos trescientos de los que habían disparado en la noche, aprisionó algunos dispersos y sin apurar el paso llegó en la puesta de sol al ejido de Nico Perez.—Este fue el término de su campaña.—Tenia sin duda, órdenes superiores que lo obligaban á no alejarse demasiado de su base de operaciones, habiendo cumplido su misión con precipitar á los revolucionarios sobre los mismos rumbos que traía la división del general Muniz.

En la tarde, Aparicio y Chiquito prosiguieron la marcha sin que nadie los incomodase.—El primero, despues de dar un descanso á su columna en la sierra de Sosa, continuó la marcha en la noche con dirección al Cerro Chato, y el segundo acampó para pernoctar en aquella sierra (véase el mapa)—¿A dónde iban?—¿Qué se proponían con ese fraccionamiento cada vez más acentuado?—Sería difícil explicarlo.

Desastre final de Aparicio (día 3)

En la madrugada, estaba Aparicio cerca de Cerro Chato; churrasqueó á la lijera y prosiguió su itinerario de perdición hasta encontrarse entre las puntas del Cordovés y Pablo Paez. Hallábase á una pequeña jornada de su estancia, despues de haber recorrido como ciento cuarenta leguas en ocho dias.

Eran las ocho de la mañana.—Frente á los 400 hombres ya disminuidos y demoralizados de Aparicio estaba el general Muniz con poco menos de mil hombres, y entre éstos el tercer Regimiento de caballería de línea, cuyos rigores había experimentado Chiquito en la persecucion del 25 de Noviembre.

Era locura pensar en la posibilidad de un combate.—Aparicio volvió grupas hácia el Cerro Chato, perseguido de cerca por las gnerrillas del coronel Gutierrez y por los lanceros del general Muniz.—No perdió así mismo sus bríos en aquel lance supremo.—«Nosotros tenemos que lamentar, dice el parte oficial del coronel Gutierrez, la pérdida del sargento 2.º de este regimiento Gregorio Sosa, quien en una vuelta cara que dieron, fué lanceado».—Pero estos esfuerzos aislados á nada conducian — La disolucion era inevitable.—Los soldados de Aparicio se desgranaban en todas direcciones, y él mismo, seguido solo de cuarenta hombres, oblicuó desde el Cerro Chato hácia las puntas de las Pavas, buscando únicamente su salvacion personal (véase el mapa).—En las Pavas, luego de entrada la noche, Aparicio agradeció en pocas palabras el concurso que le habían prestado sus amigos y les pidió que se dispersasen para escapar más

fácilmente á la persecución de los enemigos.—Elegió un grupo de fieles y con ellos se internó en las ásperas quebradas de aquellos campos escabrosos.

A esa misma hora, Muniz y Gutierrez acampaban cerca de Cerro Chato, festejando su fácil victoria.

La dispersión de Chiquito (días 3 y 4)

Chiquito habia dormido con excesiva confianza en la noche del 2, resguardado por los cerros de Sosa, y en la mañana del 3 se movía con dirección á Cerro Chato, siguiendo las huellas de su hermano, sin apurarse mucho.—A la altura de las puntas del Yí empezaron á presentarse los dispersos de Aparicio y siguieron cayendo en lastimoso estado de desmoralización y alarma.—Según ellos, todo habia concluido y era inútil pensar en ir hacia adelante, para auxiliar á derrotados y fugitivos.—Así lo creyó tambien Chiquito, y resolvió oblicuar hacia la izquierda bajando por la cuchilla que divide aguas á Monzon y Valentin.—Abrumadora consternación abatía á todos los suyos.—En la noche dió comienzo el desbande, el sálvese quien pueda, y al amanecer del día 4, cuando vadeaba el Yí (véase el mapa) tenía ya menos de 200 hombres.—Marchó un par de leguas, hizo alto y repitió la misma escena de Aparicio en las puntas de las Pavas: el agradecimiento sincero y la lúgubre despedida.—Guardó tambien Chiquito un grupo de fieles y se alejó despues sin dar á conocer la dirección que llevaba.

Conclusion

Así terminó militarmente la aventura revolucionaria de Aparicio y Chiquito Saravia.

Después del 4 de Diciembre sólo ha habido actos individuales de revolucionarios que huyen incesantemente, que se esconden, que caen prisioneros, que llegan por el Ferrocarril Central á Montevideo, como simples pasajeros, ó que lo gran refugiarse en el Brasil.

Parece que los hermanos Saravia se encontraron en su marcha hacia la frontera en los bosques del Río Negro, y que su grupo se juntó con el del pardo Adán, que de Río Grande había invadido nuestro territorio el 26 de Noviembre y asaltado y saqueado las receptorías fronterizas en los días subsiguientes. — Todos ellos indudablemente están ya en territorio brasileiro; pero solo se han presentado á las autoridades y están internados Chiquito Saravia y los jefes subalternos de la revolución abortada.

Revolucionario en Río Grande y revolucionario en el Estado Oriental, Aparicio tiene enemigos en ambos lados de la frontera. — Probablemente, haciendo de oculto la travesía por territorio brasileiro, irá á buscar asilo en la provincia de Corrientes.
